





*A mi viejo.*

# Nicolás Correa

---

83

**milena caserola**  
EL 8VO. LOCO  
EDICIONES

*Todos los izquierdos reservados.*

*Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de quemar un libro a la luz de una fotocopiadora es promover la desaparición de lectores.*

Contacto con el autor:  
nicolasraulcorrea@gmail.com

*Coordinación general del proyecto*  
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada  
exposiciondelaactual@gmail.com

*Coordinación gráfica*  
Laura Ojeda Bár  
laura.ojeda.bar@gmail.com  
laura-o.tumblr.com

*Producción*  
Matías Reck  
losreck@hotmail.com

**www.exposiciondelaactual.blogspot.com**

*Forman parte de los rebeldes a la luz: no han conocido los caminos y no se volvieron por sus senderos. [...] En las tinieblas perforan las casas, de día se ocultan, sin conocer la luz. Para ellos el alba es la sombra: el clarear del día les aterra.*  
Job 24: 13, 16, 17.

EL HOMBRE QUE NO AMÉ

**A** los quince años me pregunté si me gustaban los hombres.

No fue sencillo, nada es sencillo en la vida, eso es fácil saberlo. Me lo pregunté una noche, casi sin querer, escuchando *Crazy*, y me di cuenta que estaba pensando demasiado en el otro nueve.

Ya ni recuerdo cómo se llamaba y tampoco recuerdo cómo fue que llegué a pensar que me gustaba, sólo sé que se me apareció varias veces en la cabeza y lo vi correr, con la nueve en la espalda, y sin querer mi vista iba descubriendolo con timidez, casi con miedo. Era morocho y tenía el pelo lar-

go, rasgos gruesos. Sus piernas largas tenían pelos que se volvían imperceptibles a simple vista y sólo se los había podido distinguir con la luz del sol. Cuando entrábamos al vestuario evitaba bañarme delante de él, me producía una sensación extraña que nunca pude identificar, era una electricidad que me recorría los brazos, las manos y no encontraba palabras para definirla. Una vez escuché que la abuela, mientras mirábamos una película de muertos vivos, dijo que los zombis vivían en una zona indefinida entre la vida y la muerte, la abuela nunca decía nada interesante, pero esa vez le pregunté si el abuelo se iría al mismo lugar, respondió que el abuelo no iba a resucitar, y pudo ponerle algunas palabras a lo que me pasaba cuando lo veía.

Quince años. También pensaba en Sandra, en sus tetas. La imaginaba ca-

minando por alguna calle de Tierra del Fuego, donde vivía su hermana con la familia, y también su novio, mayor que nosotros. El tipo tenía como treinta años. Cada vez que se iba me decía que su corazón se quedaba acá, conmigo, y que sabía que era más duro para el que se quedaba, yo le creía.

Entonces llegó ese verano, Sandra en sus pagos, lejísimo del barrio y yo haciendo la pretemporada. Me levantaba todos los días a las seis, desayunaba con mi papá, que iba a trabajar a la fábrica, y salía medio dormido a tomar el bondi. El ciento sesenta y tres de las seis y treinta y cinco le ponía una hora y media, bajaba donde terminaba y caminaba nueve cuadras hasta la cancha de San Miguel. Yo todavía no conocía a nadie en el club, porque había llegado del Deportivo Morón hacía cinco meses y sólo había tenido la posibilidad

de jugar un par de amistosos, casi no era tenido en cuenta por el entrenador, el otro nueve me opacaba por completo. Brillaba su cara, brillaba su piel, brillaban sus piernas. La pretemporada era el momento para que el grupo me conociera y para que Moreno me diera una oportunidad en el plantel.

Tipo nueve ya estábamos corriendo como unos animales. Tres pelotones en orden, los cuerpos se achicharraban bajo el sol. Yo no hablaba con nadie, excepto algunos chicos que a veces me encontraba de camino al club. Fue un verano muy caluroso, algunos se desmayaban en el medio del entrenamiento, y a veces eran tan duras las jornadas que terminábamos vomitando, insolados o con llagas en la piel. La exigencia era altísima, todos nos esforzábamos al máximo para estar bien afilados. Se corría el rumor de que primera iba a

entrenar con nosotros y aunque ninguno del grupo lo decía, nos matábamos para estar entre los once titulares, o al menos, entre los citados, se notaba en nuestros ojos el hambre que escondíamos a los demás.

El final de los entrenamientos era un alivio, como el viento que corría en pleno verano, un viento caliente, medio mentiroso, a la sombra de un mediodía sofocante. Volvía con el mismo colectivo que me llevaba y llegaba a casa como a las cinco y media. Dejaba la ropa sucia para lavar, ponía el bolso y los botines a tomar aire. A eso de las seis me sentaba con papá y mamá a darle al mate en el fondo de casa, a la sombra del ciruelo, que el abuelo decía que estaba podrido por dentro, y mamá le retrucaba que cómo iba a estar podrido si seguía dando ciruelas, tenía unas flores blancas y todo.

Papá en ese verano estuvo con miedo. Dormía mal. Se levantaba a mitad de la noche y le decía a mamá que le trajera agua, a él nunca le pasaba eso. El tema de la posible convocatoria de acreedores lo tenía espantado. Le habían asegurado que no tocarían a ninguno de los antiguos, pero él sospechaba algo. Mamá le decía que el gallego no los iba a poner de culo en la calle, si habían trabajado como burros durante veinticinco años, desde que la fábrica era un galpón con tres tornos hasta eso en que se habían convertido.

Siempre me preguntaba qué onda los entrenamientos, si me había podido mostrar, y también si había pensado qué iba a estudiar. Yo le decía cualquier cosa, que pensaba seguir el profesorado de Educación Física y estudiar un idioma: italiano, por ahí. Asentía y chupaba de la bombilla,

mientras mamá le pedía que se seca la transpiración de la frente y después, a mí, que tenía que hacer lo que me hiciera feliz.

Yo no tenía idea de nada. Los miraba a los dos y afirmaba con la cabeza.

Lo que me pregunté el día que escuchaba *Crazy* fue muy simple: ¿te gusta? Y jamás le confesé a nadie mi pregunta, ni siquiera a mi primera novia, y eso que le había confesado todo lo que se puede confesar en un momento de inocencia y juventud. Me lo pregunté así como así, sin saber qué responder, estaba Sandra dando vueltas en mi cabeza, sus tetas, no sé.

Una mañana Moreno nos avisó que íbamos a entrenar con primera al día siguiente. Agarró un papel y en voz alta, cavernosa y cansina, nombró muchísimos apellidos que no recuerdo, y entre esos nombró el mío. Nos pidió

a los citados que nos pusíramos a su izquierda, porque íbamos a entrenar diferenciados. En el momento en que se producía la división, a mí me pareció que el mundo se dividía en dos, de alguna manera, estar en esa lista era todo lo que podía necesitar para ser feliz, formaba parte de una élite que nada tenía que ver con el resto, y pude verlo en los ojos de los otros citados, ahora mirábamos todo desde un lugar distinto. Habíamos llegado a una especie de cima donde nadie nos podía tocar, y no era una cima frágil, una torre de cristal o algo así, cada uno de nosotros era capaz de entregarse a la lucha más encarnizada para no caer de ahí, era una cima llena de vida, sacrificio y juventud. Rápido busqué sus ojos entre ese recorte humano que Moreno había hecho, y los encontré: estaba haciendo jueguitos, encarando el arco

con el formoseño, que jugaba de cinco y me acuerdo de él porque era de Pirané, igual que el abuelo, y se llamaba Valdez. Papá había decidido enterrar a Saturnino, así se llamaba mi abuelo, en su pueblo, y como si fuera hoy, recuerdo aquel agosto del noventa y cinco, le llevó uno de mis trofeos y otro de mi hermano. El viejo siempre decía que me iba a llevar a Boca porque tenía unos contactos fuertes.

Valdez le devolvía la pelota y él seguía haciendo jueguitos. Entrenamos con primera varias veces, cuatro o cinco, pero nunca me acerqué a él. Lo máximo fue una vez que quedamos solos en el vestuario, porque a todos los delanteros nos habían hecho quedar hasta después de hora pateando penales, éramos cinco, y ahí descubrí que nos disputábamos el mismo puesto. Los otros se fueron y vi cómo guar-

daba cada cosa de manera ordenada. Estaba en calzoncillos, el pelo mojado le caía sobre la espalda fibrosa, era de huesos grandes, se notaba a simple vista. Todavía no me había cambiado, me secaba y lo miraba de reojo. Creo que no quería aceptar que lo miraba. Puso las medias sucias dentro de una bolsita, enrolló las vendas y las metió adentro de los botines, a los que antes les había echado talco. Después sacó una bolsa más grande y puso los botines y la bolsita. Dobló la ropa sucia y la puso a un costado del bolso. Terminó de cambiarse y antes de salir me dijo: "Chau, hasta mañana", sin darse vuelta. Le respondí a medias: "Ta mañana"...

Yo pensaba que él tenía más probabilidades de jugar de titular, porque si bien era alto, como yo, tenía piernas largas y su contextura física era fibro-

sa. Yo siempre fui morrudo, como comentaba mamá cuando era chiquito y evitaba decirme gordo para no herirme, y era un poco más lento, como decía el tano, mi entrenador de Veintiuno de Agosto, era más pillo. Tenía más potrero encima. Ese día volví alegre a casa, en realidad era una alegría extraña que no podía explicar con palabras, más bien era una sensación que me pasaba en el cuerpo, tenía una especie de cosquilleo en las manos, como si la sangre estuviera revolucionada. Fui pensando todo el camino en cualquier cosa, y aunque Sandra no había vuelto al barrio, me pareció que no estaba tan enamorado de ella como creía, es más, podía quedarse con el tipo de treinta, había otras mujeres para mí. Como decía papá, el mundo estaba lleno de mujeres para un pibe.

Antes de llegar a casa fui a la esqui-

na. Demi y el botija a la sombra del paraíso. Hacía como dos meses que no pasaba y me quedaba un rato, llegaba muerto de entrenar y lo único que podía hacer era dormir, hacerme la paja con las tetas de Sandra o mirar alguna película. Me cargaron un rato, *que la estrella no viene más con su amigos del barrio*, pero me supe aguantar sin decir una palabra. Me preguntaron por Sandra, y no se dejó esperar el comentario de sus *increíbles pechugas, terribles pechos, y la turca que te debés hacer con la Sandra*, y antes de que pudiera responder en su defensa pasó el aparatudo corriendo hacia el arroyo.

El botija le preguntó qué pasó y el otro le dijo que iban a lo del Vega. La hermana lo había llamado porque la estaban pasando mal. Salió corriendo y nosotros detrás de él. Encaramos los cuatro al arroyo y vimos que seis chi-

cos estaban cagando a cascotazos la casa. Desde el puente le tiraban con el barro seco que se formaba en la calle de tierra, que al chocar con las paredes se deshacía y estallaba en cualquier dirección. Una y otra vez tiraban contra la casa, de adentro se escuchaba que la hermana del Vega gritaba. Yo pensé en él, habíamos ido juntos al jardín y a la primaria, también jugaba en Veintiuno de Agosto, era arquero. En el barrio era famoso porque le gustaba pelear, aunque una vez mi hermano le rompió la cabeza cuando lo empujó contra el canasto de basura y el Vega ni siquiera lloró, se reía mientras se miraba la sangre en la mano. El aparatudo se acercó a uno de los pibes y le preguntó qué pasaba, pero no tuvo respuesta porque el otro estaba concentrado sacando una piedra que estaba clavada en el barro. Varios vecinos habían salido a

mirar, pero no se atrevían a acercarse. Me senté en el puente, no podía hacer nada para impedir que siguieran tirando contra la casa. Entonces escuché que el botija preguntó qué había pasado, el chico se detuvo, giró:

—El Vega le quiso chupar la pija al gordo Gustavo.

No dijo más nada, siguió tirando piedras igual que los otros, y enseguida Demi se unió a ellos.

Volví a casa antes que los demás. Fue difícil sacarme de la cabeza la imagen. Por algún motivo me acordé de la tarde en que estábamos jugando a las escondidas cerca de la Virgencita de los muertos, que brillaba de noche porque la llenaban de velas; el Vega, Demi, el aparato, mi hermano y yo. El aparato se apoyó contra la pared y empezó a contar. Mi hermano se metió atrás del pilar de la gorda puta, yo, en cam-

bio, decidí meterme en la cabina del camión de Formiga, el viejo siempre estaba borracho y lo dejaba abierto casi siempre. La ventana del camión me dejaba ver cada movimiento del aparato y el asiento trasero me escondía de él. Fue entonces que escuché ruidos en la cúpula. Miré por la ventanita y vi que la luz débil del poste reflejaba dos figuras. Las dos me daban la espalda, una de ellas de cara a la puerta del camión, la otra pegada, se sacudían despacio y se escuchaba una respiración agitada, los movimientos eran confusos y torpes. Tenían puesto los pantalones, sin embargo se entregaban a ese acto como si lo hicieran de cuerpo y alma. Cuando la luz me dejó ver, me esforcé por entender que eran el Vega y Demi, y lo hice cuando pude ver que el Vega entre abría la puerta para ver si había alguien cerca. Después vi que

le frotó la piña al Demi por arriba del pantalón, el otro no dijo nada, ni se movió, el reflejo de la luz apenas me dejaba ver su cara. Busqué al aparato y escuché que gritaba desde la esquina que así no jugaba más, salí despacio, evité cerrar la puerta para no ser descubierto, y corrí hasta la pared. Sentí una intriga terrible por saber qué pasaba adentro del camión, mi mente estaba con ellos, viendo sus manos, sus movimientos, el roce de los pantalones manchados con pasto. El viento helado me pegó en la cara, sentí que alguien llegaba corriendo y al darme vuelta vi que mi hermano enfilaba también hacia la pared. Por eso siempre recuerdo las piedras chocando contra la casa, el barro explotando en las paredes y manchando de negro en cada golpe. Desde aquel día hubo un tipo de felicidad que no volví a conocer.

Mamá me miró y preguntó qué pasaba, le conté, pero cambié las cosas, le dije que le cascoteaban el rancho por haberle pegado a un pibe más chico. Papá negó con la cabeza y le comentó a mamá que ese chico siempre igual.

Al otro día me levanté y le dije a papá que no quería seguir jugando. Se atragantó con el mate, me miró y preguntó si estaba seguro de lo que le decía. Asentí. Dijo que si era lo que quería hacer, estaba bien. Agarró el bolso y se fue.

Ya estaba terminando el verano, el día era un poco más corto, el chillido de la chicharra casi no se oía, aunque los grillos seguían cantando de noche, las cosas volvían a empezar para nosotros, excepto para papá. Lo habían echado de la fábrica y se había puesto a trabajar de noche en un remís: *yo también tendría que haber saqueado al chino*, y

NICOLÁS CORREA

*ahora no nos cagariamos de hambre, flaca,*  
le decía a mamá, sentados en la cocina,  
mientras tomaban mate.

Esa fue la noche que me puse a escuchar música y cuando llegó *Crazy* me acordé del otro nueve. Una y otra vez puse la canción, la repetí mil veces. La voz se reproducía en el eco de la casa. Me pasó que mientras pensaba en él, yo mismo me imponía a Sandra, y trataba de buscar el momento en que por primera vez le toqué las tetas. Sin embargo, a pesar del recuerdo del tacto de sus pechos, algo me seguía pasando en el cuerpo cuando pensaba en él. Me daban ganas de apretar la pija contra algo, entonces me froté por arriba del pantalón hasta que imaginé a los zombis caminando en esa zona indefinida entre la vida y la muerte.

HEROÍNA

Y a que sos brujo y antes de atenderme, yo sé que vos querés saber qué me pasó y por qué vine a pedirte que me hagas un trabajito. Y mirá que le pedí al gauchito que me diera una mano, pero parece que está enculado conmigo. En fin, necesito un buen trabajito para ese hijo de mil putas, porque a una lady como yo, no se la trata así. Pará que me siento de coté porque recién vengo del pabellón de los paraguas, todo fuego los guaraníes, viste.

¿Ves ésta cicatriz que tengo acá, en el vientre? No, no es de una cesária, tampoco de un facazo. ¿Sabés de qué es?

¿Vos estás seguro que querés saber? Bien, me metieron un cuetazo en Malvinas. ¿Sorprendido, papi? En realidad fueron varios cuetazos, pero ese no es el principio de la historia, ni el motivo por el que me tenés acá. Ojo, tiene que ver con todo esto, obvio.

Primero lo primero. No me interrumpas ni te pongas ansioso y escuchá.

¿Que qué mierda fue a hacer allá un traba como yo?

En esa época estaba enamorada del Elvio. Lo conocí en el secundario, él entró en tercer año, y recuerdo como aprovechaba en la hora de gimnasia para manosearlo un poco, y aunque era arisco y medio me sacaba con los codos o me empujaba, insistente siempre fui, entonces buscaba el contacto de su pija con alguna parte de mi cuerpo. Me moría de ganas porque me apretara. Ponéle que se armaba un partidito,

y a mí que no me gustaba un carajo, aunque papá, si a esa basura puedo decirle papá todavía, me obligó a jugar toda mi puta niñez de cuatro en el club Piraña de Pompeya, sabés cómo aprovechaba para dejar que me rozara, que me chocara con la pija cuando íbamos a cabecerar o a tirármelos encima cuando se me veía de frente. Esa era la única posibilidad de demostrarle mi amor a ese desagradecido.

El muy pelotudo se fue para las Malvinas. A mí todo eso me pasaba de costado, imaginate que no sabía cómo mierda hacer para contener mis pasiones. En ese tiempo me hacía coger por un falopero del barrio, le daba guita para que me la pusiera, lo había conocido en la estación de servicio una noche de lluvia. Viste vos que rara es la vida, hoy me pagan en todos lados para que ponga el culito.

A mí no me vengas con la pelotude de la patria. Yo la vi arrodillada en cuatro patas a la patria. Como te decía, el muy sorete del Elvio se fue diciendo que se iba a luchar por nuestra Argentina contra el invasor inglés y qué sé yo cuántas giladas más. No sabía que yo estaba enamorada de él, y se me fue: la patria conchuda me lo arrancó de las manos, podés creer, así nomás. Guarda, en ese entonces no era lo que soy ahora, eh, este camioncito con acoplado... Me acuerdo que fui hasta un santuario que había en la Villa del Peñadero para pedirle al gauchito que me lo retuviera de alguna manera al Elvio. ¡Qué carajo, ni me escuchó! No sé por qué, mirá que siempre fui cumplidora, no hubo caso.

Al toque me saltó la térmica y me acuerdo tal cual la secuencia con el mierda de mi viejo cuando le dije que

era gay, bueno, en esa época se le decía marica:

—Papá, me gustan los hombres...

—¿Sos marica? ¡Pero mira vos! Te voy a hacer un par de preguntas: ¿Tenés tarjeta de crédito?

—No.

—¿Viajás al exterior por lo menos una vez al año?

Negué con la cabeza.

—¿Tenés algún novio ejecutivo que te banque?

Volví a negar.

—Entonces no sos marica, sos un negro puto de mierda.

—¡Ah, vos también te reís! Pero cuando le dije al hijo de puta ese que me iba a las Malvinas por una piña, se quedó helado. Ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos para decírmelo que me dejara de joder con esas islas de mierda, pero dejémos a los muertos en paz. Y

me fui a la guerra por el Elvio nomás, ¿vos podés creer? Sabés que cuando me vio ahí, al lado de él, cagándome de frío a su lado, se puso re feliz, me tiró una sonrisa que me hizo aletear los canticos del orto, y yo no pude contenerme, bocona que soy, lady pero bocona, y le largué todo: que era el amor de mi vida, que estaba enamorada y que pin, que pan, pero podés creer que el boludo me dijo que era un puto de mierda, y al toque todos los soldaditos de plomo me hicieron a un lado: *el marica*, me decían, pero sabés una cosa, brujo, a éste marica no lo pudo matar ningún Gurkha del orto, ninguna bala lo volteó, me la banqué bien bancada. Y cuando había hambre, me comía la carne de los muertos, y cuando había necesidad, ponía el culo para que los soldados, bien machitos todos, eh, me sacudieran tranquilos.

¡Viste como apretaste los canticos, brujo! Seré puto, pero no soy ningún cagón. Me acuerdo que una noche yo estaba intimando con el Indio Lope, que lo único de lindo que tenía eran las cejas negritas negritas, y empezaron a llover bombitas en el refugio, una atrás de otra. Se hizo un silencio que duró unos cuatro o cinco minutos, estaba aturdida, y al toque tuvimos a los inglesitos dándonos vueltas alrededor como perros cagados de hambre.

Cinco de nosotros, entre ellos el Elvio, mi vida, quedamos atrapados entre Gurkhas y lores ingleses.

Ahora, te hago una pregunta concreta: ¿sabés quién hizo el sacrificio ahí por la patria? ¡Mi culo!

El culo sangrado me quedó por la patria, siempre digo: yo a los laureles me los gané a pijazos. Diez rubiecos y seis Gurkhas me tuve que morfar.

Toda la noche dale que te dale. Yo, contentísima. Nunca me había sentido tan woman. Era la Tacher y todas las conchetas frígiditas de Inglaterra.

*¡Good, good!* Murmuraban entre dientes los Johnnys.

Ahí ya me estaba poniendo Lady Di.

Ahora te quedás calladito, ¿qué te pasa, no lo podés creer?

Cuando volvimos de la tumba esa, que era mucho peor que ésta, acá guardado hasta sol podés tomar, allá es de noche todo el puto día, vos sabés que me lo encontré al Elvio un par de años después. Yo, esplendida, alto jamón del medio, él, medio baqueta y no le llegaba bien el agua al tanque. Una que es tan tonta, viste, no se desenamora fácil del primer amor. Estábamos medio mamados y ni se me pasó por la cabeza decirle quién era, me llevó para su casa en Boedo: igual fue una noche

mágica, ojo, le hice todo lo que se me ocurrió. *¡Dame, mi soldadito, dame más!* Le gritaba.

Mi deseo cumplido.

En la mañana, le revelé mi nombre y apellido y no sé, parece que se dio cuenta que también le gustaban los nenes y se puso loco. Me echó a la mierda, me tiró el vestido, la cartera y los zapatos por la cabeza y dijo que no me quería volver a ver.

¿Vos podés creer, la concha de dios?

Fui al gauchito y le pedí con bronca que lo hiciera mierda, que lo hiciera reventar como a un sapo, que le hiciera sangrar el culo en hemorroides. Le prendí como ochenta velas rojas y negras.

Nada, el gauchito ni pelota.

El muy hijo de puta del Elvio me rompió el corazón, y eso no se le hace a una woman como yo, que fue a la guerra y volvió enterita.

NICOLÁS CORREA

Ya no era una cachorrita para que me ningunearan así, me había entregado en vida y en cuerpo, no era justo.

Lo esperé en la cortada de Muñiz y Las Casas y le metí un puntazo por haberme despreciado así. Quedó doblado al medio en el piso, ni me di vueltas para ver si estaba bien. Por eso estoy acá, por ese héroe de Malvinas.

Hace unos días me dijeron que está lo más bien, que lo agarraron a tiempo y acá me tenés, como el gauchito está enculando conmigo y dicen que vos haces unos laburos que son de lo mejor. Yo necesito un trabajito contundente, que sea fuerte, lo que vos me digas va a estar bien. Imaginate que si yo voy a estar en la tumba, a él lo quiero en el mismo lugar.

Ahora, lo que no sé es cómo te puedo pagar.

Decíme vos.

CHAU, REYMOND

Es así, hace dos años que tenía unas ganas de hacerle una maldad y ahora que estoy guardado, no pierdo nada. Ya que te acercaste para ver lo que hacía con el muñeco, te cuento. Además, acá, sólo vienen a pedirme cosas.

Reymond. Así se llama, porque nadie se llama Reymond, a menos que te llames Ramón y a alguien que no se lo banque le quiera poner onda. Mi mujer me dijo que le prometiera, por su hijo, no tocarle un pelo. Y ahora que aguja entra y aguja sale, ni siquiera ahora me arrepiento de lo que le voy a hacer. Posta, no me arrepiento, aunque ella

diga que el que se lleva la peor parte es el hijo, para mí, le salvo la vida.

La gota que rebalsó el vaso fue que me hiciera esa escenita pelotuda de padre fatal, en la entrega del boletín del nene: me encaró en un rincón, mientras mi mujer, su ex esposa, hablaba con la mamá de un compañero, y me dijo que no le enseñe más esas porquerías al hijo, que eran todo superstición. La palabra "porquerías" me dolió. Volvimos a casa y dele cranear, porque las que me fumé por el sorete este, no tienen nombre: desde que le faltara el respeto a mi señora cuando le dijeron que era una mala madre, hasta los boleos en el orto que le pega al nene cuando se enoja. ¿Y la vez que me preguntó si en provincia había asfalto? Eso es light, porque el día que el pendejo vino y me dijo híbrido, casi lo volteo de un arrebato. "Guacho maleducado", le dije con la sonrisita del

Muñeco Mateico, y después me soltó que lo había escuchado al padre decir eso: que yo era un híbrido porque en capital era un cabeza, y en provincia era un careta, y en ningún lado encajaba. Yo le dije al nene: decíme villero si querés, pero ningún híbrido. Mi mujer me miró y me rogó, con esa caidita de ojos, que no siguiera.

Y ahora, aguja va, aguja viene, el que se va a entretenir es el Reymond.

Me acuerdo cuando me preguntó a qué me dedicaba, y estuve tentado en decirle la verdad, pero enseguida me lo guardé: "albañil", le dije. Y después de eso, dos días después, le compré una pelota de Boca al nene, y el muy puto se la pinchó y encima me llamó para que le haga un trabajito en el baño. Yo por adentro dele cranear y decirme para mí mismo: "Relajáte, que ya vas a tener tu momento."

Algunos se tientan y meten bala, otros mandan a que se los cojan, pero hay los que tenemos un gusto más refinado. Y aunque yo sepa que el muy puto no cree, no importa, que él crea o no, la maldad se la voy a hacer igual y le va a llegar lo mismo. Hay algunos boludos que piensan que porque no creen los gualichos no llegan.

Y te digo más, ¿cómo te pensás que su mujer se fijó en mí? ¿Vos te pensás que fue amor a primera vista? Nada. Lo único que me hizo falta fue una bombacha ensangrentada. Después un par de oraciones a mi regente y la constancia, en este trabajo la constancia es lo principal. El que persevera triunfa, y no es joda. Ah, te quedás mudo, no es como los superhéroes, eh. ¿Vos te pensás que porque estoy en la tumba, mi maldad no le va a llegar? Sos un pendejo atrevido, ya me vas a venir a

pedir que te haga una atadura o que te baje a un pata de lana que anda gavilaneando a tu jermu.

Me acuerdo la vez que fuimos a la entrega de trofeos del guacho y los padres jugaban un partidito amistoso para recaudar fondos. Mi jermu y el nene me pidieron que jugara, pero el muy puto cayó sorpresivo a la entrega, con su chica, y quiso el destino o mis ruegos al Pantera Negra, que jugaramos en equipos contrarios. El tipo la mueve, pero yo la muevo más, por qué te pensás que del pabellón Guaraní siempre quieren que juegue con ellos, y te digo que si no hubiese sido por la rotura de ligamentos cruzados de mi rodilla derecha, hoy estaría jugando afuera. La flaca me advirtió que me rescatara, pero en la primera pelota que tocó, lo mordí en el tobillo. El árbitro me miró feo, pero a mí no me

importaba nada. Enseguida me la devolvió y preferí mantener el empate y no pudirla. Para darle el gusto a mi mujer nomás.

Hoy el gusto es mío, aunque esté encerrado. Chau, Reymond. Chau a tu forma de ser padre, de tener que soportar que le enseñes a pegar al nene, de que no estés cuando te necesita, de que no le compres ropa y lo tengas como un cachivache, de que lo hagas cagar de frío a la noche cuando se va a dormir, de que le grites y te tenga miedo, de que no le pases un peso a la mamá, de que la maltrates y encima de todo, que ensucies el nombre del general diciéndole a todo el mundo lo peronista que sos.

Reymond, vas a tener que aprender a rezar.

Vos reíte, pendejo atrevido, reíte que cuando estés afuera y no sepas que te

pasa, el que se va a reír voy a ser yo. ¿Te pensás que necesito salir de esta tumba para hacer una maldad?

UN HOMBRE DE FAMILIA

**L**o habían discutido en la comida. Ella le había dicho que debían festejar, cincuenta y cinco años no se cumplían todos los días. Él había sido reacio a la idea, nunca había dejado de serlo, y le dijo que ya no soportaba que todos llegaran, comieran y se fueran. Ella argumentaba que cincuenta y cinco años era más de la mitad de una vida y él le respondía que no iba a vivir más de setenta años, ya había pasado la mitad de su vida.

Esa noche se acostaron y ninguno dijo nada. La discusión había tenido una última palabra: la de ella, y la negativa de él. Por la mañana, la mujer

se levantó temprano, encendió un cigarrillo y dejó la cama, mientras él la espiaba de costado. El reloj marcaba las ocho y media y él aprovechó para abrir la ventana y dejar que el viento fresco se llevara el humo. Se quedó pensando en que era una mujer estúpida cuando tenía ganas. Esa idea de llenar la casa de gente extraña que luego no vería el resto del año, que comieran su comida, tomaran su bebida, usaran su baño y se marcharan, esa idea no le gustaba. Sabía bien de qué se trataba todo eso. En una fracción de segundo se desplazó por su cabeza la imagen del cumpleaños de quince de su hija. *El puto cumpleaños de quince de la nena*, se dijo. El hombre hundió la cabeza en la almohada.

Estuvo en la cama hasta las once de la mañana, tratando de planear alguna medida que pusiera freno al festejo,

cuando sintió la voz de su hija en el comedor. *Necesita plata*, se dijo. *Sí, viene a pedir plata*, pensó. *Siempre que viene lo hace*. *Pero mañana es mi cumpleaños, ¿es capaz de sacarme lo poco que tengo?* Giró en la cama y quedó frente a una pared descascarada por la humedad. Siguió las grietas que se formaban como si fueran venas que se desprendían del cemento.

Se puso de pie y abrió la puerta para ver si su mujer y su hija estaban en el comedor, pero no las vio. Salió de la pieza y se iba a meter al baño, cuando escuchó un murmullo en la cocina. Apoyó la espalda en la pared y miró al frente. Se desplazó sin hacer un movimiento de más, acercándose a la puerta de la cocina.

—Mamá, no puedo aguantarlo más, tengo que decírselo. Papá es el único que no lo sabe y no es justo.

—Hija, es el cumpleaños, ¿te parece buena idea elegir este momento?

—¿Y sino cuándo, mamá? Me querés decir, ¿cuándo? No puedo estar mucho tiempo guardándome esto, mamá, ya no quiero...

—No te enojes, Telma, por favor, no te enojes, Telmita. Si creés que es el momento, decíselo y se acabó. Qué sé yo...

—Mamá, no sé si es el momento pero lo único que sé es que no puedo seguir callándome.

Hubo un silencio que el hombre compartió con las dos mujeres. Se miró las manos y las giró de un lado a otro. Se fue a la pieza sin hacer ruidos y se volvió a meter en la cama.

El techo estaba cuarteado por la humedad, a decir verdad, la humedad lo había ganado todo. *¿Cómo dejé que pase esto?* De pronto, la imagen de su hija le llegó a la cabeza, pero la intentó

esquivar. No quería pensar en lo que había escuchado. No quería pensar en lo que no sabía y le ocultaban. Arrastró la mirada desde el techo, por una rajadura, y se detuvo en una imagen del Sagrado Corazón que su mamá le había regalado.

Contempló la imagen como si contemplara el rostro de su mamá. Hacía mucho tiempo que no iba a misa. Una vez al mes la acompañaba a la parroquia del barrio, y rezaban y oraban y pedían juntos por la salud, el trabajo y la unidad de la familia. Él no creía demasiado, pero le hacía muy bien saber que a ella eso la hacía sentir tranquila. Le encantaba detenerse frente a la imagen del Sagrado Corazón y entonces le hacía prometer a él que nunca dejaría que la familia se desuniera.

Escuchó la voz de su hija que le decía a su mujer que debían ir al supermer-

cado antes de que cerrara. La puerta de la pieza se abrió y él cerró los ojos, su mujer abrió el placard y seguro metió la mano en la caja de los ahorros, no la vio, pero lo suponía. No había otro lugar de dónde sacar la plata. Después caminó hacia él y le besó la frente. A veces sospechaba que ella no llegaba a darse cuenta de las cosas, de cómo era todo aquello de las fiestas y las celebraciones. *Pero fue buena*, se dijo, *fue una buena madre y una buena mujer*. No quedaba más que darle el gusto y pasar la jornada.

Madre e hija salieron de la casa y él depositó sus pensamientos en la hija. Sin querer se le ocurrió que podría estar embarazada. Se imaginó corriendo al hospital municipal con su hija en brazos, mientras su mujer los seguía. *¿Es eso lo que me esconden?* Esa chica que le pedía plata a fin de mes, porque

no le alcanzaba el sueldo, esa chica no podía ser madre. Nunca había llevado ningún hombre a la casa. *Es imposible que esté embarazada. Hoy en día pasan esas cosas, pero no a ella*. Lo único que podía pensar era en qué sería de ella si llevara en su vientre una criatura, qué sería de la criatura, qué sería de él criando a su hija y a su nieta.

Por un momento contuvo la respiración. Tenía una visión, una visión oscura que nunca había sospechado, una visión de pobreza al final de su vida, de intranquilidad, de miseria. Era como volver a una infancia lejana y hambrienta, que alguna vez había creído que no volvería jamás. El corazón le latía más de la cuenta. Hizo un cálculo rápido de los ahorros que tenía en el banco, de la plata que le debía su hermano y de algunas cosas que podía vender, pero no llegaba a juntar unos

pocos pesos. Su hija dejaría el trabajo por el embarazo, volvería a su casa y él, con sus cincuenta y cinco años tendría que mantener a la chica y a la criatura. Los pañales eran caros, lo sabía por sus compañeros de trabajo más jóvenes, que lidiaban con los precios, y sabía que hasta alguno de ellos le ponía pañales de tela a su hijo. Recordaba algún comentario como: "Mi último aumento se fue en varios paquetes de putos pañales", o "No puedo creer que sea tan chico y cague tanto". Pero ¿qué más podía hacer si su hija estaba preñada? ¿Qué opciones tenía?

—Le podría sugerir que abortara —dijo en voz alta.

*Es una locura*, pensó, mientras negaba con la cabeza. *¿Y quién será el padre de ese chico? ¿Será un hombre sano o un chico como ella? Si es chico, seguramente no debe tener un buen trabajo. Tal vez ni*

*siquiera tenga un trabajo. Yo a esa edad, sólo quería ponerla en todos lados. De pronto, sintió que una densa electricidad le recorría el cuerpo. ¿Y si es un tipo más grande? ¿Un viejo como yo? Lo único que aseguraba que fuera un hombre mayor era que tendría la capacidad de darle de comer a una criatura y quizás hasta de irse a vivir con ella. Sería una solución. Pero es imposible, ¿qué sería de un domingo en familia? Ambos se sentarían en el sillón a ver los partidos toda la tarde, irían a jugar al truco al centro de jubilados y saldrían a correr los domingos por la mañana. Serían dos abuelos. Pobre criatura*, pensó.

La puerta de calle se abrió y escuchó las voces de su hija y su mujer. Siguió con el oído la conversación hasta que dejó de oírlas y sólo escuchó la tos carrasposa de su mujer arrastrándose por la garganta. Se puso de pie y aso-

mó la cabeza por la ventana. Era un día claro. Miró la mesa de luz de su mujer y vio varias colillas desparramadas en el cenicero, y otras tiradas en el piso. Por algún motivo insignificante, recordó la vez que habían discutido por eso de fumar en la pieza y él le dijo que ojalá se muriera de cáncer. Sintió vergüenza, pero pronto desvió la mirada hacia el patio. No había sol, sólo era un día claro. Algo le hacía presentir que jamás en su vida tendría tranquilidad.

La puerta de la pieza se abrió con fuerza y el cuadro del Sagrado Corazón se cayó al piso. Su hija entró, le pidió perdón y recogió el cuadro automáticamente. Dejó la imagen en la cama, junto con el marco de madera. Volvió a pedir perdón y levantó la vista para mirarlo. Él estaba duro y sintió que la pieza se achicaba y la sangre le corría por las extremidades de una

forma acelerada. *Decilo de una vez por todas*, pensó él. Su hija se acomodó el pelo con la mano derecha y se puso de pie. Él contempló el rostro fino y alargado, una piel suave y limpia, pero con una pequeña vida creciendo dentro. Otra vida llena de porvenir.

—Papá... Necesito...

—Sí, ya sé... —dijo él interrumpiéndola como si un lenguaje extraño hablara por él—. Necesitás algo de plata.

Se dirigió al aparador que estaba en el medio de la pieza y su hija retrocedió con un movimiento brusco. El hombre tomó un pantalón de jean azul y del bolsillo sacó una billetera de la cuál extrajo unos billetes.

—¿Con esto está bien, Telma? ¿Llegás a fin de mes?

—Sí, pa, con esto va bien.

Antes de que la chica saliera, él le habló:

—Hija, vos sabés que esta es tu casa. Las puertas están abiertas si querés volver. Nosotros no te echamos nunca.

La chica sonrió, asintió con la cabeza y salió de la pieza.

En la noche se sentaron a cenar. Su mujer le dijo que la casa estaba muy silenciosa, que todo el día había estado callado y ausente, como si estuviese masticando algo, muy adentro. Él dijo que no quería hablar, ni discutir, ni nada por el estilo. La mujer le tomó la mano y lo miró desde sus profundos ojos marrones. Las ojeras la volvían más vieja.

—Si querés, no festejamos nada. ¿Vas a estar bien así?

—Ya está. Si compraste todo para mañana, ¿qué vamos a suspender ahora?

—Podemos comerlo nosotros o dárse-lo a Telma...

El hombre sólo negó con la cabeza. La mujer se puso de pie, prendió la tele y se fue a la pieza. Volvió con un cigarrillo humeante entre los dedos. En la tele se veía un partido de fútbol. La mujer se sentó al lado del hombre, apoyó el mentón en su mano derecha, mientras llevaba la izquierda a la boca y chupaba profundamente el cigarro.

—Tu hija me dijo que la profesora Moyano se murió de cáncer...

El hombre la miró de reojo.

—La gorda, ¿te acordás?

—¿Eso te dijo?

—¿Te acordás?—interrogó ella, mientras se llevaba el cigarro a la boca.

—Sí, la de lengua y literatura.

—Cáncer de algo. Me dijo Telma, pero no me acuerdo bien de qué era.

El hombre le pidió a la mujer el control remoto y esta se puso de pie, fue hacia la mesita donde estaba apoya-

da la tele. Le dio el control al hombre, que apuntó el aparato en dirección al televisor. En la pantalla se vio otro partido.

—De enserio te digo, si querés no hacemos nada mañana. No es necesario si no tenés ganas.

—¿Cuándo se murió la mujer?

—El viernes pasado... ¿Me escuchás? —volvió a preguntar la mujer chupando el cigarro.

—Vivía hablando de su vida.

—Dice Telma que la enterraron en el cementerio Parque.

—¿Y cómo sabe tanto ella?

—No sé, me contó nomás.

Hubo un silencio de algunos segundos. La mujer aplastó el cigarrillo en un plato y se apuró a levantar la mesa. El hombre la observaba ir y venir con las cosas. Había sido una linda mujer, pero el tiempo había pasado para ella

también. Fue al baño y después se metió en la cama.

A lo lejos, se escuchaba el ruido de la música que llegaba desde alguna casa. Mucha gente festejaba los cumpleaños o cualquier cosa que fuera un buen motivo para festejar. Sintió la tos carrasposa, que se metía entre las cosas de la casa. ¿Por qué no le decía lo de su hija de una buena vez? Se sentó en la cama y vio el cuadro del Sagrado Corazón en el aparador. Estiró el brazo y lo tomó. Era lo único que mantenía el color en la pieza.

Abrió la ventana y sospechó que el rocío ya caía en el pasto. Estaba crecido, en la mañana podría cortarlo y dejar el jardín presentable para los invitados. Siempre resultaba igual, cada cumpleaños debía trabajar el doble para los demás. *Ojalá cuando me muera no tenga que trabajar*, se dijo, apenas es-

bozando una sonrisa. Puso la imagen del Sagrado Corazón sobre la madera y luego le colocó el marco. Hizo presión para que el marco encastrara en la madera y lo logró. Alejó el cuadro para contemplarlo y afirmó con la cabeza. Un viento helado entró por la ventana y le puso los pelos de punta. Tomó una silla, la puso debajo de la puerta y subió en ella. Tanteó un clavo en la pared y ubicó el cuadro. La silla se sacudió y tuvo que agarrarse de ella para no caer. Escuchó la voz de su mujer del otro lado:

—¿Qué pasa ahí? ¡Abrí, querés!

Bajó de la silla y la puso a un costado. La mujer tenía un cigarro colgando de los labios. Llevaba un camisón blanco que dejaba ver en un escote pronunciado, dos pechos blancos y caídos. El hombre la contempló y ella se apresuró a cerrar la ventana. Se acostó a su

lado, puso sobre su panza un cenicero con forma de cocodrilo y miró el reloj que estaba en la mesa de luz.

—Falta poco para tu cumpleaños.

Él afirmó con la cabeza.

—Dicen que uno vuelve a nacer. Pero yo no siento eso cuando cumple años.

—Dicen muchas cosas, eh.

La mujer apagó el cigarro en el cenicero y se echó el pelo hacia atrás.

—Somos viejos ya...

Tomó una revista que estaba debajo de la mesa de luz y murmuró los títulos entre dientes. El hombre se quedó mirando por la ventana, no tenía sueño, pero prefería estar con la luz apagada.

—Vamos a dormir —dijo él.

—Todavía no tengo sueño.

La mujer estiró su brazo izquierdo en dirección al paquete de cigarros que estaba en la mesa de luz, prendió

uno y se quedó mirando la nada. Él la observaba en esa nada tan grande que la envolvía. Miró el Sagrado Corazón y sintió angustia por su vida, por su mujer, por su hija y hasta por toda la humanidad.

El humo del cigarrillo fue elevándose tan lento como asfixiante. No tenía las fuerzas como para iniciar una discusión sobre eso, pero en otra ocasión lo habría hecho. Era imposible dormir de esa manera. Se puso de pie y abrió la ventana. El fresco de la noche lo invadió en todo el cuerpo. Una corriente de viento entró y atravesó su rostro y le oxigenó los pulmones. *Es posible que yo muera de cáncer*, se dijo. *Fumé cada uno de los cigarrillos que ella fumó. Y si me muero, ¿quién mierda va a hacerse cargo de esa criatura?*

—Cerrá la ventana que hace frío —comentó su mujer—. Siempre hacés lo

mismo y el cambio de clima me estropea la garganta.

Afuera se veían las luces de las otras casas, de las otras piezas del barrio. *¿Cómo será?* Se preguntó. *Sus mujeres fumarán tanto como la mía? Va a ser bueno tener una pieza limpia y sin humedad, si la criatura viene a vivir acá.*

—¿Creés que la pieza necesita una mano de pintura? —comentó él mirando la nada.

—Creo que no es el momento, la pintura es cara. Tal vez cuando cobres el aguinaldo.

*No quiere gastar porque sabe que necesitaremos la plata para el embarazo*, se dijo. *¿Por qué mierda no me lo dice?*

—Mirá, en esta revista dice que según una estadística del Consejo Nacional de la Mujer —dijo su esposa y se detuvo para chupar el cigarro—. Hay unas trescientas mil lesbianas en Argentina.

—Sería bueno que pintáramos, la pieza se vería más fresca.

—Cuatro de diez mujeres son lesbianas. No creo que sea tan malo, ¿eh?

—¿Invitaste a mi hermano?

—Sí, lo llamé ayer.

—Mejor, me debe plata y voy a pedírsela.

El hombre cerró la ventana y respiró profundo. El humo se había disipado un poco y era hora de dormir. Se metió en la cama y apoyó la cabeza en la almohada tratando de imaginar a la criatura.

Su mujer estuvo despierta casi toda la noche. Él sabía que no podía dormir porque Telma estaba embarazada y no se lo habían dicho. Varias veces se despertó y la encontró mirando la nada. En un momento ella le dijo:

—¿Vos creés que me voy a morir pronto?

El hombre no le respondió, estaba dominado por el cansancio y tampoco iba a decirle que la mayor cantidad de fumadores morían de cáncer. Ella lo sabía muy bien y muchísimas veces lo habían discutido.

Por la mañana se encontró solo en una pieza llena de humo. Abrió la ventana y un viento suave removió la atmósfera. Respiró. *El que se va a morir de cáncer voy a ser yo*, dijo negando con la cabeza. Escuchó la tos de su mujer, venía de la cocina. Abrió un cajón del aparador y sacó un short y una remera. Miró la mesa de luz de su mujer y vio que había apiladas una docena de colillas. Dirigió la mirada al Sagrado Corazón y recordó a su hija y todo eso. Ese pensamiento fue como una bomba que explotó en su cabeza.

El día transcurrió sin mayores sobresaltos. Algunos llamados de gente

conocida, mensajes de texto, hasta la compañía de teléfonos se había acordado de su cumpleaños. Se dedicó al jardín toda la tarde y cuando terminó de ponerlo en orden se bañó. Buscó una camisa que usaba para ocasiones extrañas, una blanca con finas rayas azules y violetas, se puso el jean más nuevo que tenía y los mocasines que usaba para ir a trabajar. Se dirigió a la cocina y su mujer le chifló y le dijo que estaba muy bien. Al menos disimulaba un poco. Ella le comentó que iba a bañarse y que su madre y su padre llegarían en cualquier momento, que estuviera atento. Él se sentó en el sillón y se sentó a ver un partido del ascenso. Uno de los equipos era Olimpo de Bahía Blanca y el otro River. La pelota iba de un lado al otro, hasta que el lateral derecho de Olimpo decidió bajarla, levantar la cabeza y cambiar de frente

para el volante por izquierda, que hábilmente mató el balón con el pecho y descargó para el volante central. Este avanzó unos metros, se frenó y tocó corto para el nueve, que venía pivo-teando, y abrió la cancha para el lateral derecho, que estaba picando por su carril. El cuatro fue hasta el fondo del lateral, se frenó, amagó a sacar el centro y jugó la pelota hacia atrás, para el ocho, que en velocidad descargó en dirección al enganche. Este último metió un pase aéreo en profundidad, que el ocho fue a buscar para tirar un centro atrás y encontrar al nueve, que no dudó, y fusiló al arquero, pero con tan mala suerte que uno de los zagueiros cruzó la pierna y evitó la caída. En ese momento la pelota salió hacia el centro del área y apareció otra vez el cinco, volante central, claro, concreto, con una óptica acabada de la situación.

El volante paró la pelota con la suela del botín y ésta dio un pequeño rebote en el césped, entonces el cinco pateó antes de que lo interceptara un rival. La pelota salió con potencia, rozando varias cabezas y aunque el arquero, ya repuesto, estiró su mano derecha, y el mismo zaguero que había evitado la caída de la valla, se tiró de cabeza detrás del balón, ninguno pudo detener la claridad del cinco para ubicar la pelota en el palo izquierdo, arriba, imposible de agarrar. El jugador salió corriendo hacia la tribuna e hizo un gesto juntando sus dos brazos como un cuenco, y balanceándolos de un lado al otro, como si acuñara a un chico. Al instante, otros jugadores imitaron el gesto y el comentarista aportó: “¡Que sea con salud!”.

El partido siguió su curso, pero él se quedó pensando en la criatura que su

hija llevaba en el vientre. Ese mismo día debía pedirle la plata a su hermano. Un golpe en la puerta lo sacó de su meditación. Abrió y encontró al padre y a la madre de su mujer. Ambos lo saludaron y se quedaron conversando de cosas sin importancia.

Los invitados fueron cayendo uno a uno después de los padres de su mujer: un compañero de trabajo de su mujer, la hermana de su mujer y sus dos hijas, las tres amigas de su mujer, con sus maridos y su cría, el doctor de su mujer con su respectiva señora, una tía lejana de su mujer y otras personas más que conocía de vista, hasta que sonó el timbre y su esposa le gritó desde la cocina que atendería él. Abrió la puerta y encontró a su hermano, con ese tono alegre en el rostro y su campeona de cuero negra. A su lado estaba *su chica*, como le decía él, mujer preciosa,

con cara de muñeca de cera y cuerpo de vedette.

—¡Hermano, feliz cumpleaños!

—¡Formiga, llegaste!

Nunca supo por qué le decían John, pero a él le encantaba y sospechaba que era por algún cantante extranjero. Él siempre le decía que no había nada peor que hacerse llamar John Formiga, pero John le restaba importancia, decía que le daba un aire de distinción que Juan no tenía. Su respuesta era: “¿Quién no se llama Juan? Todo el mundo se llama Juan”.

Su hermano entró y comenzó a saludar a los demás invitados. Cuando su novia pasó, él no se pudo contener y la siguió con la vista, era una chica muy hermosa, pero podía ser su hija. De repente, imaginó que un tipo como John podía ser el padre de la criatura. Se mordió el labio inferior y rezó inter-

namente para que esto no fuera así. Un hombre como John podía arruinar a su hija.

Estuvo esperando el momento adecuado para hablar con su hermano y cuando su novia se fue al baño, se abalanzó sobre John como un águila detrás de su presa, era así como se sentía. Lo tomó del brazo y le dijo que iban al patio, John le dijo que justo tenía ganas de fumar.

No se decidía a hablar, mientras su hermano le contaba de las cualidades de la chica:

—No te imaginás: sabe cocinar unas milanesas excelentes, finitas, como las hacía mamá. Me lava y me plancha la ropa, es una buena mujer —comentaba, mientras chupaba el cigarro.

Su hermano conservaba los rasgos de su padre: el mismo corte de cara, la misma frente amplia, los mismos ojos

y gestos. Seguía contándole lo buena que era la chica cuando escuchó el timbre y al rato sintió la voz de su hija.

—Formiga, no te enojes, pero necesito la plata que te presté. No me gusta tener que pedírtela de esta forma, pero de enserio, la necesito.

Su hermano se quedó observando el cigarrillo.

—Te veo preocupado, hermano. Desde que entré vi que en tus ojos algo no anda bien. Soy tu hermano, te conozco lo suficiente como para saber que algo no funciona.

El hombre asintió con la cabeza.

—Es Claudia, ¿no? Tiene algo. Sí, tiene algo, me di cuenta, ¿no es así? ¿Qué es?

—No se trata de Claudia, Formiga. No es eso.

—Dale, sé que fuma todo el puto día. La vi, no se le cae el cigarrillo de la boca,

y está así hace varios años. Nadie es eterno. Un fumador sabe cuál es el límite.

—Estás equivocado, Formiga —interrumpió él—. Además, ¿cuál es el límite de un fumador?

El hermano miró el cigarro y lo tiró al pasto.

—La muerte, hermano.

Estuvieron un segundo en silencio hasta que él volvió al tema.

—En fin, Formiga, necesito la plata cuanto antes.

—¡Decíme para qué carajo es! —dijo su hermano sacando un paquete de cigarrillos y encendiendo otro—. ¿No confías en tu hermano? Somos hermanos, ¿o ya te olvidaste?

—¿Cómo me voy a olvidar? Por eso te presté la guitarra, Formiga, porque somos hermanos. ¿Te pensás que le presto a cualquiera la única guitarra que tengo?

—Entonces decíme para qué la querés. ¡Demostraré que confiás un poco en mí!

—¡Juan, la puta madre, dejáte de bولudeces, hermano! Cuando sea el momento te vas a enterar.

En ese instante llegó la novia de John, que se abrazó a él y lo retó porque lo había estado buscando por toda la casa. John le dijo que se fuera adentro porque estaba hablando con su hermano de algo importante. La chica no se resistió y volvió a meterse en la casa, pero antes de entrar se encontró con Telma, que la saludó con una sonrisa. John miró a su sobrina que se le colgó del cuello.

—¡Y miren quién llega! —gritó John zamarreando a la chica—. ¡Mi única sobrina! ¡La nena más linda de la familia!

—¡El tío más bueno de la familia!

—El único, querrás decir —replicó él.

—¿Cómo estás, Telmita? A simple visita, preciosa.

—Gracias, tío. Vine a saludar a papá.

—Cierto, cierto. ¡Perdón! —dijo John corriendo a un costado y tirando el cigarrillo al pasto.

La chica se acercó a su padre y lo envolvió entre sus brazos. Le susurró al oído:

—¡Feliz cumpleaños, pa!

El hombre le agradeció, pero antes de que se desprendieran, su hija volvió a susurrarle:

—Tenemos que hablar.

Entraron todos y la noche continuó. Mientras su mujer servía la mesa, su hermano se besaba como un adolescente con su novia, y los demás comían, él no dejaba de mirar a su hija. Era como si sólo estuvieran ellos dos en el comedor de la casa. Tenía la vista clavada en ella y cuando alguien le

preguntaba algo, respondía con frases cortas o gestos. Estaba esperando que ella tomara la iniciativa y se dio la ocasión cuando su hija se puso de pie y se dirigió hacia el baño. Se apuró y entró a su pieza para atajarla cuando saliera.

Desde su lugar vio a la gente que conocía y a la que no conocía. Su mujer estaba al lado de sus amigas, enfrente sus padres. Todos reían de algo que contaba y cada tanto tosía y tenía que taparse la boca con un repasador. Escuchó el sonido del inodoro y se apagó la luz del baño. Salió su hija y él la llamó susurrando su nombre. La chica se metió en la pieza y cuando cerró la puerta, el cuadro del Sagrado Corazón se cayó detrás de ella. Telma quiso levantarla, pero su padre la tomó del brazo y le dijo que ahora podían hablar.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que él rompió el silencio:

—Y bueno, querías decirme algo, Telma.

Su hija bajó la vista y respiró profundo. Al levantar la cabeza se vieron unas lágrimas que caían por sus mejillas.

—No llores, hija. No es el fin del mundo. Hay que seguir adelante.

La chica se abrazó a su padre.

—¿Ya lo sabés?

—Sí, escuché que hablabas con tu mamá. ¿Por qué no me lo dijiste antes, Telma?

—Tenía miedo, es eso.

—Telma, ¿cómo vas a tener miedo de mí? Soy tu papá... Somos una familia.

Su hija se quedó abrazada a él. Afuera de la pieza, entre las voces, se oía la tos carrasposa de su mujer. Miró el reloj que estaba en la mesa de luz, daba las once y veinte de la noche. La chica miró a su padre a los ojos.

—Gracias, pa.

El hombre sonrió y la chica tomó el cuadro del Sagrado Corazón y lo puso en el aparador. Él sólo la miraba. Abrió la puerta y las voces de los invitados se oyeron más nítidas. Antes de salir giró sobre sí:

—¿Entonces la puedo traer, pa, para que la conozcan?

—¿A quién? —respondió el hombre, desconcertado.

—A mi novia.

Hubo un silencio profundo en el que sintió que la tierra se lo tragaba y caía en un océano de lava, que carcomía su cuerpo. Asintió con la cabeza, por inercia, y su hija salió de la pieza. Pudo ver que su mujer se puso de pie, caminó hasta la chica, la beso en la frente y después la abrazó. Él estaba siendo atravesado por todas las voces de la sala, por todas las risas y los festejos.

Oyó la tos de su mujer, levantó la mirada y ella estaba observándolo con ternura desde la puerta de la pieza.

—La torta, mi amor.

Su mujer lo tomó de las manos y lo sacó fuera de la pieza. Los invitados pusieron sus ojos en él y aplaudieron. Lo sentaron en la punta de la mesa y su mujer trajo una torta de crema y duraznos que ubicó en el centro de la mesa. Su hija le alcanzó unos platitos, unas cuantas cucharas y un paquete de servilletas. Detrás apareció la novia de su hermano con dos botellas de champagne. Su hija y la chica se miraron y sonrieron. ¿Qué es todo esto? Se preguntó. ¿Qué mierda es todo esto?

Su esposa prendió las velas y su hija apagó las luces, sólo se vio iluminada su cara frente a la gran torta de crema y duraznos. Inmediatamente se inicio el canto de todos los presentes y su mujer

le dijo que pensara en los deseos. ¿Qué deseo iba a pedir? ¿Era un chiste? No había nada que desear. ¿Iba a pedir por su familia: por su hija, por su esposa? ¿Qué iba a desear? A los ojos de los demás era feliz, ¿qué iba a pedir: una casa, un auto nuevo, una mujer nueva, quizá una amante, un televisor grande para ver el mundial? ¿Cuál era la inútil intención de esos deseos de mierda? No lo sabía, sólo los iba a pedir para que todo terminara de una vez. Que esa noche terminara y todo volviera a la normalidad, a la única normalidad que conocía: chata, ligera, sin máculas extrañas.

Cerró los ojos y escuchó que su mujer tosía y le gritaba que pensara bien lo que iba a pedir. John, por su parte, le dijo que se olvidara de pedir milagros, no se cumplían, a lo que todos respondieron con carcajadas. El hombre

apretaba tanto los ojos, que en esa íntima oscuridad se le formaban figuras extrañas y sólo pensaba en que todos se fueran, porque al fin y al cabo, eso era lo que siempre quedaba después de cada fiesta: nada. Ni los deseos, ni la gente. No quedaba nada. Abrió los ojos y sopló con fuerza, casi escupiendo la torta. Las velas se apagaron todas juntas.

Yo soy Nicolás Correa. Nací en el 83, en Morón, y me crié en el seno de una familia obrera. Fui cínico, postura que supe abandonar. Ahora me confieso hermético. Me gustan los rituales. Tengo amigos, algunos sobrevivieron a la infancia y el cambio, a veces incesante, de estanterías. Devine escritor, frustrado exorcista. Estoy terminando hace varios años la Licenciatura en Letras en la UBA. Escribí algunos libros pretenciosos, con menor o mayor desatino, no fueron programáticos (*Made in China*, *Engranajes de sangre*, *Prisiones terrestres*, *Virgencita de*

*los muertos, Súculo. La trinidad de la antigua serpiente*). Soy parte del grupo de nueva crítica argentina *Las lecturas*. La literatura es hoy un espacio de avanzada, que también pide ser descolonizado. Vuelvo incansable a las tardes que con mi hermano nos sentábamos en la vereda para ver caer el sol.

Mi familia es mi tesoro.

ARTE DE TAPA

## Delfina Estrada

*"Con una sotana armé una carpita". Aguafuerte y aguatinta.*  
35 x 24 cm. 2010.

En el año 2004 empecé a estudiar en el Instituto Universitario Nacional del Arte (IUNA), con orientación en pintura. Asistí, a la vez, al taller de grabado de Carlos Scannapieco.

Desde el año 2008 participo en muestras colectivas, algunas de ellas realizadas en la Galería Masottatorres, el Club Cultural Matienzo, Galería Mite, Galería Mar dulce, Delta libros, Ruby

(ArteBa, 2012), Fondo Nacional de las Artes (2011 y 2012), Centro Cultural Haroldo Conti (2012) y Centro Cultural Borges.

En el año 2012 hice un mural animado para el *stand* de Secretaría de Cultura de la Nación en Tecnópolis. Fui seleccionada en el Premio Proyecto A (2009), en *Curriculum Cero* (Ruth Benzacar, 2010) y en el Premio Fundación Williams de Arte Joven (2010).

En el año 2011 cursé la Beca Ecunhi-Fondo Nacional de las Artes y el taller de dibujo de Eduardo Stupia en la Universidad Torcuato di Tella, al que sigo asistiendo.

## ÍNDICE

El hombre que no amé .....	9
Heroína .....	27
Chau, Reymond .....	39
Un hombre de familia.....	47
Acerca de mí .....	85
Arte de tapa.....	87

Que los árboles muertos  
en este papel  
vuelvan a crecer árboles  
cuando hombres y mujeres  
hayan saciado su sed  
de conocimiento.

Se terminó de imprimir en  
Imprenta Dorrego  
Av. Dorrego 1102 - CABA  
en marzo de 2013.